



El ametrallador raso Degrelle en acción para la propaganda alemana, foto publicada en el libro de Littell.

El hijo belga de Hitler

Lo seco y lo húmedo

Jonathan Littell

Traducción de María Teresa Gallego

RBA. Barcelona, 2009

144 Páginas. 17 euros

Por Jacinto Antón

ENSAYO. “DEGRELLE, ÉL, PASÓ a través de todo”. La frase, que resume la carrera del advenedizo y fatuo líder fascista belga que hizo gran carrera en las Waffen-SS, que ya es organización, y consiguió escapar de la debacle y de la justicia (refugiado en España), aparece en *Las benévolas*, de Jonathan Littell, en boca de Maximilien Aue. El protagonista de la novela, a la sazón en el Cáucaso con sus siniestras cosas en verano de 1942, tiene curiosidad por conocer a Degrelle, en pleno ascenso de popularidad, pero éste se encuentra en primera línea, combatiendo (tenía que ganar la Cruz de Caballero), y no consigue verlo. En todo caso, Aue prefiere a Lucien Lipfert, el comandante de la Legión Wallonie y rival del otro, que le parece, en su juicio al correr de los años, un tipo más íntegro, pues, al contrario que Degrelle, no abandonó a sus hombres (por no hablar de que Degrelle se arrogó haber sido la inspiración de Hergé para Tintín y quiso hacer de Milou un negacionista).

La (no) aparición de Degrelle en *Las benévolas* es muy significativa por cuanto Littell se embarcó en un intenso librito sobre él —el ensayo que nos ocupa— mientras preparaba su gran novela. *Lo seco y lo húmedo* es un singular y extravagante estudio biográfico-psicoanalítico (!) de Léon Degrelle y a la vez puede verse, y ésa es en parte su gracia, como un apunte preparatorio de *Las benévolas*. Aue, por supuesto, no es Degrelle, aunque los relacionan la francofonía (alsaciano uno, valón el otro) y algún episodio —la persecución policial de que es efecto Max por la muerte a hachazos de su madre recuerda a la insistencia de un juez de las SS en incriminar a Degrelle en el asesinato del oficial de la Luftwaffe que se beneficiaba a su ex mujer—, por no hablar de la fértil carrera de ambos en el III Reich. Pero lo que hay de pentimento degrelliano en Max y en *Las benévolas* es básicamente el minucioso estudio del lenguaje (la lengua de los verdugos) y de la personalidad fascista.

Lo seco y lo húmedo es una obra curiosa: una lectura de la obra de Degrelle *La campaña de Rusia*, una de las Biblias neonazis —en cuyos círculos españoles fue tan activo el viejo felón valón—, a la luz de las teorías del sociólogo alemán Klaus Theweleit, que diseccionó en su libro *Männerphantasien* la psicología fascista a través de la relación de los soldados con su cuerpo y de las metáforas y simbolismos de esa relación. Littell, en un proceso que literalmente te deja patidifuso, aplica en su lectura la metodología, las categorías y conceptos que utilizaba Thweleit con los

Freikorps (de alguna manera unos SS *ante litteram*).

En esa perspectiva, Degrelle, su psique, funcionaría en función de una “conservación del yo”, cuya principal amenaza (la disolución de ese yo) se presentaría con una serie de metáforas en las que se contraponen a la dureza y virilidad fascistas los peligros disolventes de lo blando, lo húmedo, lo informe, lo flácido (¡ups!) o lo viscoso. Littell resigue en el relato militar de Degrelle cómo los soldados belgas nazis en el Este se enfrentan al barro, a la licuefacción de los cadáveres, a la marea roja..., peligros y terrores no sólo físicos sino psíquicos. Un ejercicio de exégesis del texto del espúreo Standartenführer belga que recuerda al análisis de la imaginación material de Bachelard y que puede parecer un tanto gratuito (¿es realmente necesario psicoanalizar a Degrelle?, ¿para cuándo una deconstrucción de *Los “Panzers” de la muerte*, de Sven Hassel?); sobre todo cuan-

¿Es realmente necesario psicoanalizar a Degrelle?, ¿para cuándo una deconstrucción de ‘Los “Panzers” de la muerte’?

do Littell se pone más estupendo y suelta cosas tan desconcertantes como, a propósito de las relaciones entre fascismo y homosexualidad: “El poder de desterritorialización del ano es excesivamente corrosivo” (es cierto que luego resulta más gráfico, aunque no menos sorprendente, al afirmar que lo que Degrelle necesitaba es “que se le metieran bien metida por el culo”).

En fin, es probablemente en la parte menos analítica (y en las ilustraciones) donde este libro de levistraussiano título resulta más interesante: cuando Littell se limita a explicarnos (con bastante gracia) la historia de ese abyecto oportunista belga tan tieso, por usar sus categorías, que después de diversos avatares políticos de Cacaseno colaboracionista, asciende en la Wallonie de ametrallador a comandante, logra que el contingente pase a las Waffen-SS y lo pongan bajo su mando (tras indiscutibles hazañas personales, como en el *Kessel* de Cherkassy) y que el mismísimo Hitler, en uno de esos arrebatos sentimentales que tenía cuando no estaba planeando exterminar judíos, le confie que de haber tenido un hijo le hubiera gustado que se pareciera a él. Dejémoslo aquí, no vayamos a entrar en la lectura épica. •

En catalán: *El sec i l’húmit*. Jonathan Littell. Traducción de Pau Joan Hernández. Quaderns Crema. Barcelona, 2009. 144 páginas. 17 euros.



La pantalla global. Cultura mediática y cine en la era hipermoderna

Gilles Lipovetsky y Jean Serroy

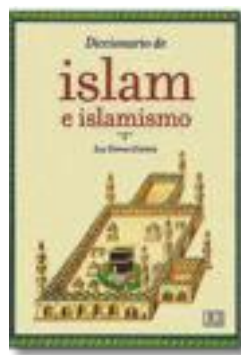
Traducción de Antonio-Prometeo Moya

Anagrama. Barcelona, 2009

352 páginas. 19,50 euros

ENSAYO. DESPUÉS DE DESMENUZAR el hipervicio, la hipermodernidad, el hiperpresente o el hiperconsumo, el sociólogo francés Gilles Lipovetsky se atreve con el hipercine, que representaría no el final del Séptimo Arte, sino el comienzo de una nueva era dorada. Lipovetsky defiende con entusiasmo la existencia del cine actual y está contra quienes vaticinan su defunción. Descarga contra el cine de autor y el de arte y ensayo, en defensa del comercial y popular. Sí está de acuerdo en señalar la fragmentación del cinematógrafo mediante la propagación de las pantallas en la vida cotidiana, desde la del televisor hasta la del móvil, pasando por la del ordenador, del GPS, la consola de videojuegos, del reproductor portátil de DVD o de las vallas publicitarias multimedia. Qué implicaría esto: ¿la desaparición o uniformización del lenguaje cinematográfico? ¿Vive el cine una recuperación milagrosa o una estrepitosa etapa conclusiva? “Con la era de la pantalla global, lo que está en proceso es una tremenda mutación cultural que afecta a crecientes aspectos de la creación e incluso de la propia existencia”, puntualiza.

Para él, el cine como arte, como elevación espiritual, queda reducido a un espejismo de una pequeña élite pronta a desaparecer. La modernidad del cine está en su irreductible capacidad de distraer a las mayorías. Todo el mundo quiere participar en la fiesta mediática, tanto da si es como actores o espectadores. Todos quieren filmarlo todo, ser captados en cualquier situación, ser reconocidos. Nunca como hoy el cine demuestra su condición de arte colectivo y de masas, su naturaleza serial, así como su función de evasión y de distracción asequible, su magnitud para manipular sentimientos y emplazar ilusiones y creencias. Según su perspectiva, el cine, en su huida hacia delante, ha dado paso a un cine hipermoderno, cuyo denominador común es “la imagen exceso, la imagen multiplicitud, la imagen distancia”, que en lenguaje corriente significa una orgía de efectos especiales, espectáculo desmesurado de violencia, detonaciones y persecuciones, protagonizado por héroes villanos, ya que el espectador actual necesita “colocarse” con las imágenes para escapar del vacío de su vida. Como siempre, su prosa no deja indiferente por su puntilloso análisis de los alcances de la cultura mediática. Menos edificante es su postura anticinéfila, que denota a alguien decepcionado en sus expectativas juveniles de aquello que el cine pudo haber sido y no fue. **Iury Lech**



Diccionario de islam e islamismo

Luz Gómez García

Espasa. Madrid, 2009

412 páginas. 29,90 euros

ENSAYO. UN MULTIDICCIONARIO o un com-

puesto de varias obras enciclopédicas reunidas, bien que grueso de páginas y apretado de letra, el texto de la arabista Luz Gómez García, profesora de la UAM, es la primera piedra de un edificio que inaugura su género. Es un libro que llamará más la atención a especialistas o aficionados con pedigrí, pero no por ello es menos accesible para el lector de las páginas de información internacional de este periódico, por ejemplo, y los interesados en la literatura *ad hoc*. Contiene más de 500 entradas, que abarcan el mundo islámico en general, lo que significa persa, turco, indonesio, malasio o urdu, entre otros universos nacionales y culturales. Y para cada una de ellas se determina la semántica, el desarrollo histórico y conceptual, y la interpretación a la luz del pensamiento islamista si es el caso, en una transliteración pensada para españoles, salvo cuando otra versión fonética sea ya mundialmente común por su uso en inglés o francés. Se ha pensado en que la obra resulte también una historia del tiempo presente, y se han recogido instituciones, dogmas, creencias, ritos, prácticas, normas, movimientos sociales y políticos, corrientes doctrinales, tendencias ideológicas y culturales, sin olvidar términos generalizados como varón, mujer, Corán, Alá o Mahoma. ¿Equivale islamista a terrorista? ¿Sería mejor emplear el término islamicista? ¿Existe algo que podamos llamar terrorismo islámico? Estas y otras muchas barbaridades que pueblan insolentemente publicaciones de todo tipo tienen su contrapunto en una obra sobria pero amena, académica pero práctica y comprensible; un libro utilitario, de uso inagotable, y, en definitiva, el vademécum de una gran civilización a la que algunos experimentan un malsano placer en satanizar; una que durante casi ocho siglos fue española. **Miguel Ángel Bastenier**



Pensar la arquitectura

Peter Zumthor

Traducción de Pedro Madrigal

Gustavo Gili. Barcelona, 2009

95 páginas. 24 euros

ARQUITECTURA. PETER ZUMTHOR (Basilea, 1943) cree que nuestro entendimiento de la arquitectura está en nuestra biografía. Él fue ebanista y vive en un pueblo de 900 habitantes. Tal vez por eso, le interesa lo concreto, el mundo real. Cree, como el médico-poeta William Carlos Williams, que “no hay ideas si no es en las cosas”. Defiende una arquitectura que brota de las cosas y vuelve a las cosas. Para él, proyectar significa entender y ordenar. También inventar. Dice que un buen edificio debe ser capaz de absorber las huellas de la vida humana. Y que haciéndolo adquiere riqueza. No cree que la arquitectura pueda ser vehículo o símbolo de cosas que no pertenecen a su esencia. Es más: “En una sociedad que celebra lo inesencial, la arquitectura puede oponer resistencia, oponerse al desgaste de formas y significados hablando su propio lenguaje”, escribe. Por eso sostiene que “la buena arquitectura debería acoger al hombre y no abrumarlo con su charla”. Le interesan los edificios que con el correr del tiempo quedan soldados de manera natural con la forma y la historia del lugar. “Cuando pienso en el aire que tendrá la casa dentro de cinco años o de cinco décadas no me resulta tan difícil resistir ante los clientes”. Este libro amplía la recopilación de artículos y conferencias que configuran casi la única teoría del último Premio Pritzker. **Ana-txu Zabalbeascoa**